



Laudatio Naturae

— 50^º ANIVERSARIO —
JOAQUÍN ARAÚJO

CON:

ANTONIO MUÑOZ MOLINA

MARÍA NOVO

RAMÓN ANDRÉS

ALICIA PULEO

ANTONIO COLINAS

JOSÉ ANTONIO MARINA

FERMÍN HERRERO

PILAR RUBIO REMIRO

RAÚL TAPIA

MARÍA SÁNCHEZ

EDUARDO MARTÍNEZ DE PISÓN

JULIO LLAMAZARES





Joaquín Araújo Ponciano

MADRID, 1947

Campesino, agricultor, ganadero y, también, escritor, poeta, divulgador en radio, guionista, documentalista de cine y televisión, articulista en varios medios, comisario de exposiciones, y así hasta casi un centenar de oficios. Cincuenta años dedicados al activismo ecológico dan para mucho y han dejado poso en una ingente bibliografía sobre naturaleza, aunque seguramente le gustará ser recordado como el gran plantador de árboles que es (unos veinticinco mil), como poeta, siempre entregado a la Natura, y como predicador tenaz de un mensaje conciliador hacia el medio ambiente que ha convertido a la causa a miles de adeptos dentro y fuera de nuestro país.

Joaquín Araújo es la gran figura de la ecología humanista en España y así lo reconocen la cincuenta de premios y galardones que tiene en su haber. Entre ellos ha recibido dos veces el Premio Nacional de Medio Ambiente; el Global 500 de la ONU, considerado el más importante en su campo; el Wilderness Writting, con el que solo han sido galardonados en el mundo cinco personas, el del BBVA a la Conservación de la Biodiversidad y es miembro numerario de la Real Academia de las Letras y de las Artes de Extremadura. Un Instituto de Enseñanza Secundaria, unas lagunas, un museo, un taller, tres árboles, una fuente y una cima lucen su nombre.

*Laudatio
naturae*



ANIVERSARIO
JOAQUÍN ARAÚJO

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

Título de esta edición: *Laudatio naturae*

Primera edición en LA LÍNEA DEL HORIZONTE Ediciones: marzo de 2019

© de esta edición: LA LÍNEA DEL HORIZONTE Ediciones
www.lalineadelhorizonte.com | info@lalineadelhorizonte.com

© de la edición: Pilar Rubio Remiro

© del texto: Joaquín Araújo

© de los textos, sus autores respectivos: Antonio Muñoz Molina,
María Novo, Ramón Andrés, Alicia Puleo, Antonio Colinas,
José Antonio Marina, Fermín Herrero, Pilar Rubio Remiro, Raúl Tapia,
María Sánchez, Eduardo Martínez de Pisón, Julio Llamazares

© de la maquetación y el diseño gráfico:

Victor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico

© de la maquetación digital: Valentín Pérez Venzalá

Depósito Legal: M-10279-2019 | ISBN: 978-84-15958-99-4 | IBIC: RNA

Imprime: Estugraf | Impreso en España | *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Laudatio naturae

JOAQUÍN ARAÚJO

ANTONIO MUÑOZ MOLINA

MARÍA NOVO

RAMÓN ANDRÉS

ALICIA PULEO

ANTONIO COLINAS

JOSÉ ANTONIO MARINA

FERMÍN HERRERO

PILAR RUBIO REMIRO

RAÚL TAPIA

MARÍA SÁNCHEZ

EDUARDO MARTÍNEZ DE PISÓN

JULIO LLAMAZARES

LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES

ÍNDICE

15

PÓRTICO

por JOAQUÍN ARAÚJO

21

I. Natura. EL MÁS MODERNO

por ANTONIO MUÑOZ MOLINA

43

II. Horizonte. ELOGIO DEL HORIZONTE

por MARÍA NOVO

59

III. Sonido. LA MÚSICA DE LOS PÁJAROS

por RAMÓN ANDRÉS

79

IV. Ciclos. LOS CICLOS DE LA VIDA

por ALICIA PULEO

93

V. Soledad. SOLO SAL

por ANTONIO COLINAS

107

VI. Silencio. APRENDER EL SILENCIO

por JOSÉ ANTONIO MARINA

123

VII. Aire. LA ROSA DE LOS VIENTOS

por FERMÍN HERRERO

139

VIII. Agua. TODO PASA Y TODO FLUYE

por PILAR RUBIO REMIRO

159

IX. Árbol. REMEMBRANZA DE LOS ÁRBOLES

por RAÚL TAPIA

183

X. Vivacidad. EL LATIDO DE LA ESCRITURA

por MARÍA SÁNCHEZ

197

XI. Paisaje. JOAQUÍN ARAÚJO Y LOS PAISAJES

por EDUARDO MARTÍNEZ DE PISÓN

219

XII. Vacío. LA TIERRA VACÍA

por JULIO LLAMAZARES

Para Antonio Ramos Gascón,
Eduardo Martínez de Pisón y
Rafael Hurtado, que me pusieron
en camino y me atalantan.

«También digo, que el natural Poeta, que se ayudare del arte, será mucho mejor, y se aventaja al Poeta, que solo por saber arte quiere serlo; la razón es, porque el arte no se aventaja a la naturaleza, sino perfeccionala, así, que mezcladas, la naturaleza y el arte y el arte con la naturaleza, sacarán un perfectísimo poeta».

MIGUEL DE CERVANTES. *El Quijote*. Cap. XVI, 2ª parte.

«La lucidez es la herida más cercana al sol».

RENÉ CHAR

«Buscando el saber en las sigilosas elecciones del pájaro».

JORGE RIECHMAN

«Si eres una misma cosa con la vida, eres tiempo».

«Sin poesía la realidad se desprecia...».

EMILE CIORAN

«Peregrinó mi corazón y trajo de la sagrada selva la armonía».

RUBÉN DARÍO

«Las noticias que tiernamente la Natura me dio...».

EMILY DICKINSON

«Yo sitúo en primer lugar la contemplación porque no se salda con injusticia alguna y mi corazón se siente libre».

ALBERT CAMUS

«¿Qué es la belleza de un paisaje sino cierta fertilidad en mí...?».

H.D. THOREAU

«La belleza no consiste en la exclusión de ciertas realidades, sino en la inclusión absoluta de todas, y que no es, por tanto, limitación, sino infinitud».

FRIEDRICH SCHILLER

«Llego a preguntarme a veces si las formas superiores de la emoción estética no consistirán, simplemente, en un supremo entendimiento de lo creado. Un día, los hombres descubrirán un alfabeto en los ojos de las calcedonias, en los pardos terciopelos de la falena, y entonces se sabrá con asombro que cada caracol manchado era, desde siempre, un poema».

ALEJO CARPENTIER

Pórtico

Desde hace cincuenta años trato de reparar, de momento en escasa medida, el olvido de casi todos. Es decir, el no acordarse de nuestra procedencia, pertenencia y dependencia. El generalizado arrancarse de los paisajes vivos. Lo intento con algo de coherencia, creo, por mi parte. Así considero el haber vivido y seguir haciéndolo en una porción de lo mejor que nos queda de la Natura. Sobre todo, la española y muy destacadamente la extremeña, donde anido. Es más, a lo largo de algo más de la mitad de mi vida, unos trece mil días —de ellos casi tres mil en soledad—, no tuve poder, ni reloj, ni dinero alguno a la vista. Esto quiere decir que, desde aquí, valle del Guadarranque en las Villuercas cacereñas, no veo más casa que la mía, ni llevo recuerdo de la muerte en mi muñeca, ni he comprado, ni he vendido. Algo excepcional, por supuesto, pero todavía más si añadimos que desde mi bosque tampoco veo, mire donde mire, carreteras ni tendidos eléctricos. Me asiste, contiene y consiente, pues, un derredor no derruido, un paisaje sin graves lesiones. No me somete ordenanza alguna y mis

cinco sentidos pueden dedicarse a su trabajo preferido. Sobre todo a escuchar sin que la carcoma del ruido apeste por todas partes. Panorama nada pequeño el que me alberga, pues mi mirada puede abarcar en pocos segundos unos trecientos kilómetros cuadrados. Obviamente no es mérito ni ambición mía. Lo considero un privilegio que el azar me obsequió. Lo que si he puesto de mi parte es que siempre he necesitado buenas dosis de panoramas casi ilesos. Lo he conseguido, insisto, durante la mayor y mejor parte de lo vivido. Consecuencia de tan afortunada circunstancia es que me viste, por fuera y por dentro, la serenidad, sin duda la mejor dádiva del bosque.

En absoluto he conquistado el paraíso. Porque, incluso desde esta voluntaria soledad, me aterra que a tantos aterre lo que es y nos da la Natura. A menudo me siento destrozado por la obiedad de que las mayorías se destierren hacia la masificación contaminadora, que no entiendan y hasta desprecien lo que les consiente y mantiene.

He convertido mi vida, es decir pasión y profesión, en una ininterrumpida pelea contra esa ceguera. Buena parte de lo que he intentado que llegue a los demás —por cierto, a través de todos los medios y formatos de la comunicación—, es precisamente que se puede ver, contemplar y disfrutar de la Vivacidad. Solo sería un primer paso para considerar que hasta se debe hacer algo por completo diferente a lo que esta civilización

ha generalizado. Frente a la exclusión de lo espontáneo cabe una amistosa o, si todavía te sonrío más el destino, una amorosa y armoniosa relación con el resto de lo viviente. Algo que mi propia vida ha demostrado. Es más, me he divertido hasta la saciedad, no he padecido ni un segundo de aburrimiento y además todo ello me ha salido prácticamente gratis.

He conseguido ser emboscado y cimarrón. Es decir, me encino, enroblezco y me encimo. Por mi propia voluntad soy austero; alcanzo los máximos de libertad posible en estos momentos de progresiva deshumanización y permanente crisis económica.

Lo aquí escrito se debe a que he vivido muchas vivaces vivencias de lo espontáneo e, insisto, lo considero un obsequio de la fortuna. Entre las que destaca el cultivar la tierra en su más amplia versión, pues puedo ver crecer frutas, hortalizas, legumbres, frutas, praderas y cereales que comen sobre todo mis cabras, yeguas y gallinas, pero no menos mis familiares y amigos. Todo ello me ha convencido de que soy bastante solidario, porque cuanto más autosuficiente se consiga ser, más suficiente para todos será este planeta.

El placer de contemplar es algo que solo se consigue con mucho aislamiento que es, precisamente, el otro regalo que quiso hacerme la suerte hace cuarenta y dos años. Porque vivo como, donde y con quien había soñado. Entre tales compañías figura, insisto, esa exquisita y elegante dama que es la soledad. Entendida,

claro, como ausencia de lo humano, pero abarrotada de otros seres vivos, otros lenguajes, otros significados. Puedo pasar y he pasado muchas veces semanas y hasta meses sin ver a otro de mi especie. No estoy, con todo, aquejado de misantropía, aunque estoy convencido de que esta civilización se merece unos cuantos millones de misántropos. En cualquier caso, no pienso figurar entre los mismos. No desprecio a los míos, es más, siento una profunda compasión por ellos, que se lo pierden. Esto que me asiste es grande, bello, amigo, sereno, grato y gratuito. Me ha permitido pasármelo francamente bien durante la mayor parte de mi vida sin ensuciar nada, sin competir con nadie. Si acaso todo lo contrario, ayudando en lo posible a la transparencia. De hecho, emboscarme para plantar árboles ha sido la mejor decisión. Mi mejor poema es mi huerta; mi mejor documental, el bosque que he conseguido poner a crecer; mi mejor conferencia, la que le doy a menudo al silencio... Poco, o nada, iguala y menos aún supera al sereno placer de asistir a la revitalización de un paisaje. A vestirlo de lo que más necesitamos. Resulta manifiestamente satisfactorio que tu arboleda, tu monte, produzca anualmente el oxígeno que precisan cincuenta mil personas.

No se que tiene conmigo la FORTUNA pero sé que me aprecia.

Porque otros dioses menores también me han obsequiado con la posibilidad de dedicarme profesional-

mente a lo que prefiero, es decir a contarlo. A trasladar al lenguaje con palabras ese otro que no las usa pero que expresa, casi siempre, mis impresiones. Un puñado de las mismas quedan aquí a vuestra disposición. Este libro incluye unos pocos sorbos de la destilación de emociones que nacieron de la mano de la contemplación y de la lectura, acaso las dos cosas a las que he dedicado más tiempo en mi vida. Acaso las dos actitudes menos practicadas por las mayorías. No creo fantasear si afirmo que los elementos de la Natura son coautores de esta *laudatio* a ellos dedicada. Alabanza más que merecida por mucho que sean tan pocos los dispuestos a escucharla.

Por eso mismo escribí que todo debe ser hecho con pasión, pero sobre todo el sentimiento de la Natura, ese que siempre comienza por el mejor producto de la mente: la compasión. Porque esa es precisamente la dádiva que te alcanza por no estar amontonado en muchedumbres ruidosas y abrasado por la competitividad.

Despegan de esa pasión, como aleteos, los aforismos, los poemas de un solo verso, o dos, las acaso sentencias que puedes leer a continuación.

En realidad, son sugerencias que me hace el acontecer de lo espontáneo y que, tal vez, sería mejor denominar parpadeos, chisporroteos, susurros, gotas... excepcionalmente zurriagazos. Instantes expresados por instantáneas escritas.

Si ya es premio el que la Natura me haya inspirado lo que a continuación puede leerse, no menos y acaso mayor es el que, en este despliegue, me acompañen otros doce escritores. Vaya aquí expresada mi completa gratitud hacia todos ellos, tan leídos y admirados.

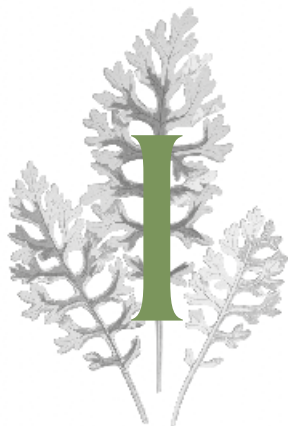
Agradecimiento que precisa mucho más que palabras. Queridas y queridos Antonio Muñoz Molina, María Novo, Ramón Andrés, Antonio Colinas, José Antonio Marina, Fermín Herrero, Pilar Rubio Remiro, Raúl Tapia, María Sánchez, Eduardo Martínez de Pisón y Julio Llamazares, al verme tan inmejorablemente acompañado siento lo mismo que cualquier pájaro al que dejan salir de una jaula en la que estuvo largamente prisionero.

Me dais alas libres y me atalantáis.

Natura







EL MÁS MODERNO

ANTONIO
MUÑOZ MOLINA

En este país tan obsesionado por la modernidad y por la moda y por los aspavientos que las favorecen, una de las personas más modernas de verdad es este hombre discreto, Joaquín Araújo, que se dedica a observar el mundo como un naturalista del siglo XIX y que donde se encuentra de verdad en su salsa no es en medio del ruido de la moda y de lo moderno sino en el silencio rumoroso del campo. Me acuerdo de un artículo que publicó *The Guardian* con motivo de la muerte de Miguel Delibes: decía que Delibes, que entre nosotros tenía una cierta fama de agrario y de rancio, había sido uno de los escritores más avanzados de España, y de toda Europa, porque mucho antes de que se hiciera popular el movimiento ecologista o de que se hablara del cambio climático, Miguel Delibes ya estaba denunciando la degradación irreparable de la naturaleza, la desaparición de las especies animales, de las plantas salvajes, el deterioro de los suelos y de las aguas. En los años ochenta, algunos aspirantes a modernos, entre los que con pena retrospectiva me

incluyo, considerábamos que lo importante de verdad, lo que merecía ser celebrado y contado, estaba en los bares, en las ciudades, en la vida nocturna. Delibes era un hombre madrugador que en las fotos parecía triste, pero que en persona tenía la piel morena y el color de cara sonrosado de quien pasa mucho tiempo enérgicamente al aire libre. Nosotros creíamos que Delibes era autóctono y provinciano. Y con los años descubrimos que era el más cosmopolita de todos, porque pertenecía al linaje de los grandes escritores de la naturaleza, y aunque escribía sobre las profundidades de Castilla estaba mucho más cerca de Thoreau que de Azorín o de Unamuno.

Joaquín Araújo, por instinto, por elección, por entrega, pertenece a esa misma familia, que entre nosotros no es precisamente numerosa. Araújo escribe con la belleza y la precisión de los naturalistas antiguos. Hace falta mucha precisión para contar la variedad innumerable y lo específico del mundo natural. Delibes era preciso. Cualquier campesino lo es también: hay una correspondencia exacta entre las palabras y las cosas, y es muy importante saber qué estamos diciendo cuando nombramos la vida y los trabajos del campo, por ejemplo. Quizás porque los literatos españoles vivieron durante mucho tiempo en los cafés, en las redacciones de los periódicos y en las aulas, sin contacto alguno con el mundo tangible, una gran parte de la prosa que se ha escrito en nuestro país ha sido re-

tórica, vaga, retorcida, llena de humo, de pura palabrería con trucos de ingenio y ficciones de profundidad. No es una buena herramienta para describir el mundo. La prosa de Joaquín Araújo, en la estela de los naturalistas de los que ha aprendido, tiene una claridad de cristal limpio, de lupa con la que observar lo más de cerca posible las maravillas de la vida.

Pero la prosa, ya digo, es una herramienta, no un fin en sí misma. Araújo ha puesto la suya al servicio no solo del conocimiento, sino también del activismo en favor de la causa más urgente que existe ahora mismo, aunque casi nadie le preste atención, que es la de la preservación del mundo natural, de lo que queda de él, de ese equilibrio precario y casi milagroso que hizo posible la vida humana, y con el que la proliferación insensata de la estupidez humana parece dispuesta a terminar. El investigador de campo, el naturalista solitario y contemplativo, es también un divulgador extraordinario, y la elocuencia de su escritura se vuelve más persuasiva todavía cuando su voz suena en la radio.

Creo que no hay nada que yo admire más: la combinación del conocimiento y del entusiasmo, de la sabiduría y el gusto de estar en el mundo, este mundo, el único que hay.

Esa es la lección admirable de Joaquín Araújo.

«La Naturaleza y la idea no pueden separarse
sin que el arte y la vida sean destruidos».

W.G. GOETHE

Acarreo desde hace medio siglo la condición de naturalista. Más por decisión de los demás que propia. He procurado que algo de la Natura esté en los menús de los medios de comunicación. Profesión que siempre ha ido de la mano de la devoción en todo lo relacionado con el activismo ecológico. Mis múltiples militancias también tienen medio siglo. En cualquier caso, nunca he podido separar el sencillo placer de intentar saber algo sobre los seres vivos que me rodean del que supone contárselo a los demás e intentar que sigan estando ahí. Es más, por mucho que demasiados quieran olvidarlo, todos somos naturales de la Natura.

Le cabe casi todo, sobre todo definiciones. Imposible contarlas. Pero puede valer, para empezar, que es todo lo no hecho por nosotros mismos, que sí hemos sido hechos por su afán de explorar y crear.

Es todo esto que nos rodea por todas partes, que destruyen los acelerados cómodos y que, aún así, no nos desprecia.

Como a la vivacidad, a la vida, tampoco a la Natura es posible definirla. Todos los intentos se quedan en aproximaciones. Como este: la Natura es todo esto que demasiados han olvidado.

Por tanto, el naturalista es el que más recuerda lo que fuimos y todavía, en gran parte, somos.

Que logre tanta belleza ya es motivo suficiente para acordarme de ella viviendo en su regazo.

Aprendí a ver mis sentimientos escuchando a la Natura.

Por simple y pura etimología NATURA es lo que nace y donde se nace. Acaso la mejor escuela de convivencia. Consigue que no vuele ni una sola indiferencia hacia lo diferente.

Acaso la mejor escuela de estética. Toda ella es la Belleza conseguida y regalada.

No hay CULTURA SIN NATURA, pero puede haber, hay, y hubo NATURA SIN CULTURA. De ahí que conservar la Natura sea, más que nada, acto cultural.

Deberíamos entender que somos sucesores de toda la historia de la vida y que es en la Natura donde suceden las sucesiones.

La Natura siempre e inmensa.

Toda su lozanía mana de su vejez.

En realidad, insisto, resulta imposible definirla como se merece pero una de las evidencias que ayudan es considerar que es Natura todo lugar donde el dinero no sirve para nada.

No promete y siempre cumple.

El prefijo sánscrito *Na* evoca nacimiento y madre. Curioso que el *Pa* signifique poder y, claro, temor.

La destrucción de la Natura es un masivo acto de machismo supremacista.

¡De pronto, dentro, lo lejos!

Te amo por tus caricias de silencio.

No es sabiduría si destruye otros saberes, como los de la misma Natura.

¡Tan de todos y tan de pocos!

Dice a todos sin excepción; nosotros siempre le decimos a alguien o a unos pocos.

Me acaba de decir la Natura que solo quien fuera de sí sitúa su alma puede comprenderla y disfrutarla.

No entenderla como formidable dádiva es robarle su esencia.

Para cosmopolitismo este nuestro de saber que somos naturales de la Natura.

Ser naturalista consiste en vivir el máximo tiempo posible con el máximo de vidas posibles, es decir de belleza. Por eso somos los que más poéticamente habitamos el mundo.

Ella nunca dice que va a hacer esto o aquello; sencillamente lo hace y, claro, no miente, no defrauda. ¿Existe mejor motivo para ser naturalista?

¡Qué alivio saber que es todo lo anterior y lo posterior al poder, a todas las formas de dominación humanas!

Es una fiesta a la que todos estamos invitados y a la que demasiados pocos acuden.

La Natura me enseñó a ser consecuente con la evidencia de que nos hicieron amando. Se trata de seguir haciendo como nos hicieron.

No voy a estrenos. Estreno paisajes.

La Natura me enseñó a asistir a mis sentimientos, por tanto a asistirle.

La Natura obedece, sobre todo, a las instrucciones del ritmo.

Es lo que consigue que esta Tierra nuestra sea todavía niña.

Es revolucionaria por ser pura realidad en medio del imperialismo de lo virtual.

Su compasión hacia nosotros no tiene límites. Para empezar, no usa ni reloj, ni calendario. No miente y jamás ha propuesto una sola estupidez. ¿Cómo no enamorarse?



Todo es cadencia, sucesión de sucesiones, el tiempo de la Natura se desliza sobre lo que desaparece para tejer un tapiz de novedades. Puro ritmo, como demuestra el sucederse de los ciclos de renovación. Por eso incluyo aquí cuatro breves poemas sobre las cuatro estaciones.

INVIERNO

*Tiritando, como si
tuviera sangre caliente,
incuba los síntomas de la Vida.
Nada descansa.
Del tiempo frío eclosionarán
tiempos templados.
Por los horizontes helados
transitan transiciones.*

PRIMAVERA

*Iridiscencias que cantan
al compás de la alegría.
Ritmo para los ojos,
color para los oídos.
¡La hospitalidad anega
todos los rincones!*

VERANO

*El calor, que a tantos acuesta,
zumba, estridula y trisca.*

*El sudor también riega para
que maduren las savias en
infinitos ápices que envuelven
las semillas del futuro.*

OTOÑO

*Aire mojado y suelos en celo.
De alas el cielo lleno.*

*Lloverán cosechas maduras.
Las raíces, los mejores chefs,
guisarán sombras con las
hojas ruborizadas que
ahora abrigan el suelo.*



Aunque los medios de comunicación, el sistema educativo y la apreciación del público en general lo nieguen, la Natura es lo que realmente importa. Además, no se trata de tema menor alguno. La física y la química, la historia y la biología, la geografía y la filosofía, pero, sobre todo, el Arte han demostrado mil veces que la Natura es lo más merecedor de atención, conocimiento y disfrute.

Cuando se destruye la Natura se destruye el sentimiento de la belleza dentro de nosotros mismos.

Trágico destino, acaso el mayor de todos los tiempos. Están consiguiendo que lo más creativo, la Natura, sea hoy lo más destruido.

No contrae deudas. No miente. Con poco hace mucho. Nos deja asombrarnos... y luego nos preguntan por qué somos naturalistas.

Intentemos aprender la lección. La Natura es lo más ilimitado que conocemos y, con todo, conoce perfectamente cuales son sus límites y los respeta. Nosotros, los muy limitados, nos pretendemos ilimitados.

Me interno en Ella cuanto puedo porque tiene la aliviadora compasión de diluir mi narcisismo.

La Natura produce, mucho, sobre todo soluciones. Como nuestra especie es su primer problema y su destrucción el nuestro, ¿cómo es posible que no estemos trabajando todo lo posible para integrarla e integrarnos?

Es la patria de mis sensaciones. Y de ellas me fío como recomendó Epicuro.

Casi todo es verdad, fuera, como casi todo es mentira, dentro. Sencillamente, porque allí donde no hay egos, todo, absolutamente todo, es el centro de todo.

A menudo, casi siempre, es toda ella un surtidor de serenidad, su especie más preciosa.

Siempre con Ella, para gozar sus regalos, para compartir sus derrotas.

Contiene la continuidad, ahí es nada.

Como nada tiene de teleológica, la Natura es el incesante hogar de la inocencia.

Inventó el recuerdo replicándose.

A pesar de aquello tan conocido de las pirámides ecológicas en la Natura no hay clases sociales y por eso mismo en ella me escondo.

El naturalista, a veces, consigue dialogar con la belleza en libertad. El cazador escucha el monólogo de la escopeta, el ruido por excelencia.

No olvidemos que la Natura inventó la muerte, pero como secuela del amor.

Soy naturalista, pero no para recontar o medir, sino para solazarme en la esencia de lo espontáneo, con la perfecta imperfección de lo múltiple.

Es que hace relámpagos y estrellas de mar, alfaguaras y olas, colores y cantos. Es que hace bellezas sin propaganda.

Ella es lo más valioso porque no produce plusvalías.

La destrucción de la Natura es la tragedia global y total, arropada por una tragedia todavía mayor: la de ser demasiado pocos los que así lo consideramos.

A nada indiferente y, sin embargo, herida por tan demasiados indiferentes.

La fortuna de los naturalistas se basa, en buena medida, en que buscamos lo que nos encuentra.

La Natura enseña a conservar el futuro no destruyendo el pasado.

Siempre sedienta. Siempre deseando que la rieguen nuestras miradas admiradas. Siempre queriendo que los autoproclamados amigos, los naturalistas, dejen de verla con ojos de ciudad y comiencen a acariciarla con ojos de agua y aire, de luz que encuentra hogar en la ingenua sorpresa del que contempla como quien ama.

He descubierto unos cuantos millones de equivalencias entre la Natura y la Poesía; de hecho, he escrito un libro entero sobre esos hallazgos.

La Natura solo utiliza el tiempo verbal gerundio. Es lo siendo, así sin pronombres personales ni otros tiempos verbales. Es lo siendo por lo que ya ha sido. Lo siendo para que puedan seguir siendo los futuros.

Tan sencillo de entender como que es todo lo, no solo no hecho por nosotros, sino también todo lo que no sabemos hacer.

El hogar de los ciclos, esos que, reitero, saben volver a empezar: esencial destreza, hoy además proeza.

Ese formidable privilegio que nos asiste, el de mirar, sentir y pensar a lo grande porque nada hay más grande que la Natura.

En definitiva, es el refugio de todas las almas cansadas, del sistema.

Consigue ser doblemente artista, hace y cobija a la vida. También nos hizo a nosotros entre los que hay otros artistas. Artesana de artistas, arte del arte...ahí es nada.

Natura y placenta son equivalencias, incluso en el diccionario.

LA NATURA es para demasiados lo que tiran a la basura sin siquiera abrir el precioso envoltorio de luz, aire, agua y tierra con el que se nos regala incesantemente.

Nunca se ha reservado el derecho de admisión. Nos dejó pasar incluso a nosotros.

Cuando miro o escucho a los paisajes intento recordar, al menos de vez en cuando, lo mucho que ha trabajado la Natura, al menos durante tres millones de siglos, para que tú, ahora, puedas ver y oír todo lo otro que ha hecho.

Es necesario necesitar a la Natura, es decir a la que no nos necesita.

Aceptemos la función pedagógica de la Natura. No hay sabiduría mayor que saber renovar la continuidad o la de continuar la renovación. Todo ello, además, sin destruir el pasado. Se doctoró incluso en hospitalidad.

La Natura exporta lo que importa.

Hasta hace muy poco la Natura era el Todo, ahora es re-taguardia acosada. Ciudadela que espera el asalto final.

A veces, muy pocas, consigo encontrar un camino sin camino, casas sin techo, amistad sin palabras, la gratitud de una Natura que todavía respira.

Nunca cobra por nada y mucho menos alquiler.

Tenacidad, fidelidad y eficiencia son tres de sus incessantemente cumplidos compromisos.

Ya era extremadamente peligroso y violento con la Natura. Ahora con las tecnologías, especialmente las de la comunicación, esta civilización es hemorragia.

Casi toda la cultura y la civilización es una realidad paralela e irreal, que por lógica nunca se entrevera con la Natura. El pensamiento ecológico trata de converger con el resto de lo palpitante.

La Natura es una escuela de otredad, de comprender a lo otro, de convivir con las diferencias. Pedagogía, pues, de la serena convivencia y, claro, de tolerancia.

Un solo paseo de media hora por esos campos, que van siempre besando tus ojos, aporta más que todos los periódicos del día.

RESULTA INELUDIBLE ELEGIR:
SER COMO EL BOSQUE
O SER COMO EL ASERRADERO.

JOAQUÍN ARAÚJO

CON TEXTOS DE:

ANTONIO MUÑOZ MOLINA

MARÍA NOVO

RAMÓN ANDRÉS

ALICIA PULEO

ANTONIO COLINAS

JOSÉ ANTONIO MARINA

FERMÍN HERRERO

PILAR RUBIO REMIRO

RAÚL TAPIA

MARÍA SÁNCHEZ

EDUARDO MARTÍNEZ DE PISÓN

JULIO LLAMAZARES

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones



Como nos dice Antonio Muñoz Molina en estas páginas, mucho antes de que irrumpiera la actual pasión por las cosas del campo Joaquín Araújo estaba ahí. Estaba desde hace cinco décadas, antes que nadie, antes de que lo rural hubiera conquistado el corazón de las causas no tan perdidas. Cincuenta años, toda una vida, predicando la mala nueva, pues de persistir nuestro empeño en perturbar el equilibrio medioambiental no habrá vida vivible. La de la conservación del planeta es una de las grandes revoluciones pendientes que parece no interesar a la política ni a la economía.

La revolución de Araújo consiste en dar ejemplo y mostrar que es posible vivir en armonía con el medio natural. Así nos lo cuenta entre hortalizas, cabras y árboles, muchos, plantados en los últimos años desde su granja en Extremadura. Lo hace a mano, con una caligrafía asombrosa y cotidiana voluntad de extraer de la Naturaleza pensamientos fugaces, aforismos o poemas breves. La soledad y el silencio, el vacío o el horizonte, los árboles y el agua, los paisajes que azota el viento, los ciclos de la vida y su vivacidad, el canto de las aves y la tierra toda con sus gozos y lamentos. A esta *Laudatio Naturae* se han unido una docena de grandes escritores, poetas, pensadores y amigos con la intención de celebrar esta pasión común.

*Resulta ineludible elegir: ser como el bosque
o ser como el aserradero...*

JOAQUÍN ARAÚJO

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

ISBN: 978-84-15958-99-4 | IBIC: RNA

